

CONTAR LA GLORIA: HISTORIOGRAFÍA Y CRÍTICA LITERARIAS EN LA EMERGENCIA DEL CAMPO LITERARIO MEXICANO (1821-1869)

Víctor BARRERA ENDERLE*

Desde los primeros esfuerzos e intentos historiográficos, una imagen prevalece a la hora de narrar la formación de la literatura mexicana: la de un proceso inestable, fragmentado y dilatado en el tiempo. La emergencia del campo literario en México se dio de manera abrupta, con interrupciones, en medio de crisis políticas y militares. No obstante, desde los primeros esfuerzos en busca de su instalación se tuvieron objetivos claros: crear una literatura nacional, esto es, representativa del pueblo (o de la visión liberal sobre el pueblo), y conquistar con ello la independencia cultural (en su perspectiva: hacer visible la “esencia” nacional). Su función era nítida: la literatura debería ayudar a la construcción de la identidad y a la difusión de las ideas emanadas de la Ilustración y del pensamiento liberal. Las obras elegidas para inaugurar el panteón letrado eran, por supuesto, no sólo de tema mexicano (en un principio: americano), sino de aliento bélico, tanto en el sentido literal como en el figurado (era preciso vencer infinidad de obstáculos para alcanzar la gloria de la expresión). El primer criterio de periodización consistía en la diferencia: resaltar los factores que hacían distinta a la nueva literatura mexicana de las antiguas fórmulas peninsulares, hinchadas de retórica y formalismo.

En pocas palabras, trasladar, tal como había sugerido Andrés Bello en su poema “Alocución a la poesía” (1823), la literatura al suelo nativo, conminándola, de una vez por todas, a dejar el solar europeo. El problema vendría inmediatamente después de este traslado simbólico: ¿cómo dar cuenta de las particularidades de composiciones literarias realizadas con moldes occidentales? Para el caso mexicano, con una temprana disputa por las formas de representación política, el dilema tomaría proporciones enormes. La historia de la literatura se instalaba casi al mismo tiempo que el concepto moderno de nación, iban de la mano en

* Profesor-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).

el complejo proceso fundacional. La preocupación de fondo no era el pasado, sino la articulación de ese pasado en el presente. Dotar de peso simbólico al nuevo país independiente. Walter Muschg, en su célebre *Historia trágica de la literatura*, publicada después del colapso de la Segunda Guerra Mundial, expuso con claridad este procedimiento: “La antigua investigación literaria descansaba sobre los pilares del *pathos* nacional y de la crítica histórica. Su dicha y su límite eran el hecho de que podía derivarse del ‘concepto divino de la Nación’ (Ranke), el cual proporcionaba la base intelectual y la seguridad del método” (Muschg, 1965: 7). Nación y narración, tal como han sugerido las teorías poscoloniales, pero con la particularidad del lenguaje impuesto: construir un Estado moderno, con las mismas herramientas occidentales, pero resaltando las particularidades propias.

Los primeros años de vida independiente, en particular los que van de 1821 hasta la caída del Segundo Imperio y la posterior reinstalación de la República, están marcados por esta disyuntiva. Comparados con los procesos literarios del resto de los países hispanoamericanos, el contraste se agiganta. Las disputas, tanto críticas como historiográficas, en el campo literario mexicano adquieren tintes particulares debido tanto a la inestabilidad política interna como a las dos invasiones padecidas a lo largo de estos años (la norteamericana de 1846-1848 y la francesa durante la primera mitad de la década de 1860) ¿Cómo vincular la historia patria a la historia literaria?

Los primeros atisbos en pos de la creación de una literatura nacional se habían iniciado, de manera precaria, en la narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi, en los ensayos poéticos y la novelística histórica del cubano José María Heredia, y en sus publicaciones literarias *El Iris. Periódico crítico y literario* (1826), la *Miscelánea* (1829-1832) y la *Minerva* (1834). Heredia fue el primero que, en un medio cultural en ciernes y todavía unido a las manifestaciones artísticas peninsulares, introdujo y divulgó las corrientes literarias modernas. También fue el primero que intentó publicar una antología de la poesía nacional (*La lira mexicana*, que no llegó a editarse), con el fin de difundir las creaciones de mayor valía, según su juicio. En el borrador del prólogo a dicha antología, Heredia destaca a dos poetas fundamentales: Manuel Sánchez de Tagle y Andrés Quintana Roo. Del primero alaba sus “rasgos sublimes” y al segundo lo llama el primer literato de México, aunque le reprocha su ociosidad y falta de compromiso literario. Sobre el rigor estético de la producción lírica expresa lo que bien podría ser el primer juicio crítico e histórico de la literatura mexicana: “no me lisonjeo de que esta selección conste de composiciones que puedan presentarse por modelos en sus géneros respectivos; mas tal cual es, servirá para dar alguna idea de la riqueza del ingenio mexicano [...]” (*apud* Ruedas de la Serna, 2014: 29).

La emancipación política se concretó en 1821; los primeros debates parlamentarios sobre el tipo de gobierno que la nueva nación debía tener se desarrollaron en 1824. La inestabilidad política no detuvo a la creación literaria, pero sí impidió, o mejor dicho, postergó, la reflexión sobre el tema. La discusión, encaminada a pensar la identidad nacional, pasó primero por la vía de la discusión jurídica y política; los debates relativos al tipo de representación, ya fuera ésta de corte centralista o federalista, llenaron muchas páginas y alentaron largas discusiones; sin embargo, no provocaron una reflexión crítica seria en el ámbito de la cultura y las letras.

A diferencia de las repúblicas del Cono Sur, cuyo debate literario fue prontamente asumido en la agenda pública, la literatura en el México posterior a la Independencia cobró una importancia relativa y ambigua. La gran discusión fue meramente política, de poder, y se resume en la disputa entre centralistas y federalistas iniciada desde la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México en septiembre de 1821. En la naciente historiografía mexicana la disputa cobró dimensiones desproporcionadas entre intelectuales tan opuestos como José María Luis Mora y Lucas Alamán. La división de los discursos fue tajante. La elite conservadora, sin declararse abiertamente pro española, exaltaba los nexos de la nación mexicana con las jerarquías raciales y sociales del catolicismo, y hacía énfasis en los beneficios y logros que habían dejado los trescientos años de coloniaje. El discurso liberal, por su parte, ensayaba una visión entre moderna y revisionista del pasado prehispánico que intentaba salvar sus contradicciones en la homogenización de una nación y un sujeto mestizos; ese discurso esencialista, no obstante, procuraba una modernización económica y cultural a través de un sentido histórico del progreso. Esto acarreó dificultades para el desarrollo de la vida literaria y retardó las discusiones sobre su función social y civilizadora.

Esa larga y muchas veces infructuosa lucha en búsqueda del establecimiento del campo literario en México supuso, durante la segunda parte del siglo XIX, la consolidación de un discurso autonómico que se fue gestando desde los albores de la independencia política (incluso antes, en los esfuerzos librescos de Juan José Eguiara y Eguren y en los de José Mariano Beristáin y Souza), y que frecuentemente manifestaba el contraste entre su propósito modernizador (expuesto en su afán emancipador y en la búsqueda de la originalidad y la representatividad a través de la concreción de una tradición literaria y, por ende, de una literatura nacional) y la incomunicación con su referente, al que terminaba casi siempre por desvirtuar. En esa lucha (definible por su principal característica: el empeño por ordenar, a través de la escritura, una visión de mundo utópica), la configuración de la tradición se dio, como hemos visto, retrospectivamente, siempre en función del presente.

Al despuntar la década de 1830, comenzaron los esfuerzos por intentar ordenar, con un sentido histórico, las letras mexicanas o por reflexionar en torno a su sentido y su función. El primer empeño sería el capítulo V, titulado “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, del libro *México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, de Tadeo Ortiz, publicado en 1832. Ortiz escribió su trabajo en Burdeos, Francia, donde desempeñaba labores diplomáticas; partiendo del ideario ilustrado, buscaba destacar la función fundamental de la educación y la cultura en la elaboración del proyecto de nación. El ensayo pretendía también demostrar, tanto a los mexicanos como a los extranjeros, una larga tradición cultural e intelectual, que se remontaba al pasado prehispánico. Su tesis central era clara: la necesidad de fomentar los estudios especializados para aprovechar el talento y el genio del pueblo mexicano: “juzgad mexicanos, ¡cuáles y cuán grandes serán los progresos de estas ciencias y las artes útiles y de buen gusto, cuando finalmente se enseñen, fomenten y protejan el país más benigno de la tierra [...]!” (*apud* Ruedas de la Serna, 2014: 39).

Un año antes, en 1831, el político e historiador conservador Lucas Alamán creó la Sociedad de Literatos, que al poco tiempo contó entre sus miembros a José Justo Gómez de la Cortina. El Conde de la Cortina sería uno de los principales críticos en el proceso de consolidación del campo literario mexicano; en 1839 fundaría el periódico *El Zurriago Literario* y desde sus páginas censuraría los “excesos románticos” de la juventud literaria, llamando al decoro temático y al apego a las reglas gramaticales. A pesar de eso, tanto escritores liberales como conservadores defenderían la idea de consolidar una literatura nacional. Tenemos así una serie de acercamientos hacia la literatura vista como nítida expresión de los pueblos. No obstante, la mayoría de estos trabajos apuntaba, más que a una revisión crítica de lo realizado hasta entonces, hacia una propuesta a futuro. Una empresa por hacer cuando los tiempos cambiasen y llegaran días propicios para el “ocio creativo”.

El primer esfuerzo serio y coherente se dio en las sesiones de la Academia de Letrán en la década del treinta. Las primeras discusiones críticas sobre la existencia y la conformación de una literatura mexicana se llevaron a cabo ahí. Las circunstancias que envolvieron su desarrollo, empero, no fueron las más propicias, y sólo se llegó a esbozar la magnitud del problema y a plantear algunas posibilidades de acción y reflexión (la condición fundacional de la Academia de Letrán fue otorgada, retroactivamente, años después por los estudios históricos de Altamirano y los recuerdos literarios del veterano Guillermo Prieto, entre otros). La Academia surgió de las reuniones literarias de José María y Juan

N. Lacunza, Manuel Tonat y Guillermo Prieto en las instalaciones del antiguo Colegio de Letrán. Así describe Prieto, muchos años después, su apertura:

Una tarde de junio de 1836, este deseo no sé por qué tuvo mayores creces y resolvimos valientemente establecernos en academia que tuviera el nombre de nuestro Colegio, instalándonos al momento y convidando a nuestros amigos, siempre que tuvieran nuestra unánime aprobación [...]. Los fundadores nos habíamos pronunciado contra todo reglamento: se dictó como ley fundamental, no escrita, que el que aspirase a socio presentara una composición en prosa o en verso y que hecha la aprobación de la candidatura fuera lo bastante para la admisión ([1906] 1996: 75).

El nacimiento de la Academia de Letrán representó, como ya he sugerido, el primer gran intento de reflexionar sobre la literatura y su función pública. Sin embargo, en sus aulas no se discutió ningún problema teórico o filosófico a profundidad; fue más bien una asociación de jóvenes literatos y antiguos escritores de la época de la insurgencia, pero en ella no hubo incompatibilidad, sino complemento y complicidad. El joven romántico Guillermo Prieto, por ejemplo, veneraba y admiraba a su protector y maestro, el poeta clasicista Andrés Quintana Roo (designado por unanimidad presidente vitalicio de la Academia). Lo que unía a estas dos generaciones era el deseo de mexicanizar la literatura, pero sin ningún método específico, a no ser la voluntad de reflejar en las letras la esencia de la nación, que ya para entonces se daba por un hecho. En sus *Memorias de mis tiempos*, Prieto recuerda:

La Academia tuvo aún más alta significación democratizando los estudios literarios y asignando las distinciones al mérito sin distinguir ni edad, ni posición social, ni bienes de fortuna, ni nada que no fuera lo justo y lo elevado [...]. Pero, para mí, lo grande y trascendente de la Academia fue su tendencia a *mexicanizar* la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar (Prieto, 1996: 96. El énfasis es suyo).

Este carácter peculiar, descrito por Prieto, consistía principalmente en la voluntad individual de cada uno de sus miembros y en la elección de asuntos mexicanos para trabajarlos literariamente. Así, en esas sesiones se leyeron obras como *El inquisidor de México* de José Joaquín Pesado, *Netzula* de Ortega, la *Moza* de Ignacio Rodríguez Galván, *Adela* de Fernando Calderón y *El Insurgente* del mismo Prieto. Todas estas lecturas trataban asuntos relacionados con las costumbres y la historia de México, pero ya se notaba una valorización de las etapas: lo prehispánico y lo insurgente se trataban en tono heroico, y lo colonial como muestra de la brutalidad de un gobierno despótico.

La llegada posterior a la Academia de Ignacio Ramírez marcó el primer contacto con el espíritu romántico, aunque salpicado con una actitud científica. En su discurso de introducción, Ramírez negó la existencia de Dios y estimuló en sus compañeros la lectura de Víctor Hugo y Dumas; propuso, asimismo, la discusión entre la preceptiva neoclásica y la estética romántica e introdujo, a su modo, la disertación científica, el análisis del medio y su efecto en la sociedad. Su creencia en la ley natural y biológica del progreso humano, su desordenada formación médica y sus lecturas heterodoxas habían hecho de él un escéptico. ¿Qué destacaba y escandalizaba más en él: sus ideas o sus conductas? Sin duda, ambas, o mejor: la fusión de un ideal literario con un cierto tipo de comportamiento, que se manifestaba en un *ethos* insurgente. Ramírez es el primero que actúa conforme a una ética literaria, confirmando, con ello, aunque fuese de manera precaria, la existencia de un campo propio.

Me voy a detener brevemente en estos dos “padres” de la literatura nacional mexicana porque pienso que son fundamentales para entender el proceso de emergencia del campo literario mexicano. Prieto y Ramírez pusieron sobre la mesa dos aspectos básicos sobre la literatura que es preciso tener en cuenta: 1) su constitución general y su papel “natural” en el desarrollo de los pueblos y 2) su participación específica en la cultura mexicana. Para Ignacio Ramírez, las leyes naturales deben ser sometidas a las leyes intelectuales y éstas sólo pueden estructurarse a través de la palabra. El lenguaje, nos explica en sus *Lecciones de literatura* (dictadas en Toluca, en 1855), es el centro del pensamiento humano. Y la literatura debe constituirlo en su objeto. El lenguaje literario posee, así, dos aspectos diferentes y complementarios: la elocuencia y la poesía (la bella literatura). El estudio de la literatura requiere el conocimiento del lenguaje: “ha sido necesario —afirma— que las literaturas modernas se emancipasen resueltamente de las antiguas para que al fin se sospechase que ningún pueblo ha conseguido ser poderoso sin la apoteosis simultánea de sus oradores y poetas. La historia de los grandes, medianos y pequeños escritores, es la historia del universo” (1884: 8).

Para Ramírez, estudiar la literatura implicaba acceder al espíritu de los pueblos que la producían; esta perspectiva otorgaba a la crítica una dimensión espacial y la alejaba del carácter impresionista que hasta entonces había poseído, encaminándola, junto con la historia literaria (que debía, a su vez, dejar de ser el catálogo de obras y autores), en una futura ciencia de la literatura. “Creemos nosotros que la literatura, para ser una ciencia, no debe limitar sus estudios a los fenómenos locales [...]. Pero, la literatura, ¿puede ser ciencia? Sí, porque el lenguaje no es más que una manifestación fisiológica de la organización humana...” (1884: 9). El método propuesto por él se centraba en las comparaciones de los usos del lenguaje y sus relaciones e intereses sociales

entre las diversas literaturas. Ramírez entendía la dimensión estética de las obras literarias como un estímulo fisiológico a todos los elementos que el texto ponía en circulación: lenguaje, ideas, objetos, etc. Esta es la idea que El Nigromante desarrolló a lo largo de su vida sobre la función literaria. Tal interpretación, a medio camino entre el cientificismo y el positivismo, suponía una esencia universal que le sería sumamente útil a su discípulo: Ignacio Manuel Altamirano.

Guillermo Prieto, por su parte, fue el primero en manifestar la importancia de poseer una tradición literaria elaborada sobre el eje de la vida nacional. En el artículo “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana” (publicado en *El Museo Mexicano*, en 1844), el autor del *Romancero Nacional* aprovechaba el anuncio de una futura recopilación de poesía mexicana (a cargo del impresor Ignacio Cumplido, que, a la postre sería duramente criticada por el Conde de la Cortina), para reflexionar sobre el desarrollo de la literatura mexicana. Prieto estaba entusiasmado con el proyecto del impresor Ignacio Cumplido porque se presentaba como un nuevo intento por difundir la vida literaria en una sociedad en conflicto. No está de más recordar que Prieto escribía (toda su vida escribió) desde un momento de crisis política, la cual impedía, en términos liberales, el florecimiento de la literatura nacional. Desde entonces, 1844, ya se hacía urgente la necesidad de historiar la literatura mexicana, labor que cumplirán, más de veinte años después, las *Revistas Literarias de México*: “No es mi ánimo bosquejar con este motivo la historia de nuestra literatura, obra por cierto digna de las investigaciones de nuestros sabios, y que exige imperiosamente la vindicación de nuestro buen nombre mancillado por la más ridícula ignorancia [...]” (Prieto [1844] 1997: 261). Prieto hacía un recuento de la vida literaria en México; como era de esperarse, concentraba toda la negatividad —y la inercia de ella que continuaba contaminando— en el periodo colonial, pero sobre todo rechazaba la situación subordinada del campo literario durante la Colonia. De nada sirvió, para la formación literaria de México, el esplendor del Siglo de Oro español, pues la metrópoli sólo imponía la religión, el dominio y la censura en el ejercicio de la escritura, y no permitía el florecimiento de las artes. Por desgracia, cuando en la Nueva España empezó a florecer la literatura, vino un período “muy oscuro” para las letras españolas. Prieto, como buen liberal y romántico decimonónico, veía con repulsión el barroco español: negaba con fervor a Góngora, y, por tanto, rechazaba, aunque reconocía el talento, la literatura de Sor Juana Inés de la Cruz. Es interesante, sin embargo, el rescate que hacía del siglo XVIII mexicano, incluso lo llama nuestro “Siglo de Oro”, pues reconocía en él el florecimiento de las ciencias y artes mexicanas: “El siglo XVIII fue para México el siglo de oro de las ciencias y de las artes; en él florecieron el abad Alzate, Alarcón, Amable, Velázquez, Clavijero, Ganancia,

Gama, Gamboa, Mendoza y otros muchos, que en medio del aislamiento en que vivían y sin otro estímulo que la energía de sus inclinaciones, explotaban la historia nacional y aun se lanzaban atrevidos en los mares ignotos de las ciencias” (1997: 264). En literatura, destacaba de ese siglo las traducciones de la *Iliada* (realizada por el padre Alegre), y la de algunos textos de Virgilio, entre ellos, la *Eneida* (hecha por Larrañaga). En su rechazo a la lírica barroca, el autor de *El romancero nacional* alababa incluso la poética de Luzán, aunque rechazaba el desarrollo de la poesía pastoril (vía la Arcadia Mexicana) en nuestra literatura, al calificarla de mala copia y mera moda literaria. Su perspectiva crítica era muy clara: mientras existiera la concepción del quehacer literario como una práctica de elite, la concreción de una tradición propia estaría muy lejana. Hay un punto sustancial en el discurso crítico de Prieto, es el que toca la función de la literatura en la sociedad. Durante la Colonia, la literatura ocupó un lugar secundario, por no decir nulo. En la lectura crítica de Prieto, esa visión negativa continuaba en el México independiente, y era menester cambiarla a como diera lugar.

Además de la Academia de Letrán es importante destacar el surgimiento de otros espacios de índole parecida: en 1835 se creó la Academia de la Lengua (que no es, por supuesto, la Academia Mexicana de la Lengua, que data de 1875, sino un esfuerzo pedagógico, basado en el estudio del lenguaje, propuesto por el Conde de la Cortina), y en diciembre de 1840, el Ateneo Mexicano, en cuya publicación homónima se imprimieron los artículos “Utilidad de la literatura en México”, de Luis de la Rosa y “Carácter y objeto de la literatura”, de José María Lafragua en 1844; ambos textos discutían, a su manera, con el “Prólogo” a *Cromwell*, de Víctor Hugo (en particular con la periodización, o evolución literaria que Hugo proponía para el desarrollo de las naciones: la oda para los pueblos primitivos, la epopeya para los antiguos y el drama para los modernos. La literatura moderna mexicana no podía dedicarse sólo al drama, es decir a la vida actual, tenía que recurrir a la historia, como los pueblos antiguos, para fundarse). Lafragua proyectó, además, la Biblioteca Nacional y sentó las bases del Archivo General de la Nación; sostenía que tanto el sentimiento como el pensamiento se unían, individual y socialmente, a través de la palabra. La literatura, en su lectura, no tenía un carácter propio, universal, sino que se adhería a la época y al lugar en que se manifestara, revistiéndose con el “ropaje tosco o brillante, ridículo o hermoso con que está revestida la sociedad, cuyo eco es [...]” (*apud* Ruedas de la Serna, 2014: 72). Todos los pueblos que han alcanzado la gloria en las artes han sido libres, sostenía y exponía su conclusión: “Nosotros, señores, acabamos de nacer: la literatura mexicana está, pues, en la cuna [...] así, nuestra literatura hasta 1821, con muy honrosas excepciones, estuvo reducida a sermones y alegatos [...]”, luego de la

independencia llegaron las disputas políticas y “durante tres lustros, la patria, el gobierno y la libertad ocuparon exclusivamente nuestros ánimos y aunque este campo era vasto, la literatura no podía fecundarlo, porque la política tenía en continua acción todos los resortes sociales [...]” (2014: 76-77). No fue sino hasta la aparición de la Academia que las cosas comenzaron a cambiar de rumbo. El trabajo estaba por hacerse: “No abdicuemos, pues, nuestra inteligencia en ninguna materia: beneficiemos la mina virgen aún de nuestra patria, creando una literatura nacional y trabajemos con empeño en hacernos dignos de que nuestros descendientes disputen sobre nuestro mérito [...]” (2014: 79).

Para Luis de la Rosa, la literatura era el mejor medio para propagar la moralidad y la ilustración, pues por ella, y a través de ella, la civilización se había perfeccionado. En contraste con la visión de Hugo, la literatura era sobre todo una manifestación cultural (igual que como lo entendía Lafragua) y no sólo una expresión artística. “La literatura tiene el secreto de ilustrar el espíritu, conmoviendo y deleitando el corazón [...]” (*apud* Ruedas de la Serna, 2014: 89). Y no sólo eso: ayudaba a evitar el retroceso social, perfeccionado el principal instrumento del pensamiento: el lenguaje. Era el gran estímulo para el estudio y, ante la falta de un lenguaje especializado, podría ser el mejor medio de comunicación, tanto técnica como trascendental. Por tanto: “no se llegará a conocer en México toda la importancia de la literatura, su influencia en la civilización y en el engrandecimiento de la patria, hasta que se llegue a formar una literatura nacional” (2014: 89).

Una vez delimitadas las funciones que la literatura debería desempeñar, el emergente campo literario mexicano comenzó a definir las labores de la crítica. Francisco Zarco fue el literato más importante de la generación intermedia entre los patriarcas y los “idealistas”, el principal animador del Liceo Hidalgo (fundado en 1849), y el introductor de la noción moderna de crítica. En su célebre artículo “De la misión de la crítica literaria”, publicado en la *Ilustración literaria*, Zarco puso el punto sobre las íes en materia de reflexión literaria y cultural. El artículo resulta iluminador en más de un sentido. Primeramente, desmentía la perspectiva negativa de la función de la crítica, vale decir: legitimaba su misión pública: “Ceder a una opinión vulgar, que hace de la crítica un sinónimo de censura, es indigno del verdadero crítico que comprenda cuán elevada, cuán noble, y al mismo tiempo cuán modesta, cuán ingrata es su misión en la república de las letras” (1980: 234). Además establecía, o mejor dicho, bosquejaba su objeto de estudio: “La crítica tiene para con el público, para con el autor de quien se ocupe, y para consigo misma, la estrecha obligación de limitarse a examinar la obra como si ignorara quién es su autor” (234-235). Zarco definía el espíritu del crítico a través de una ética y una sensibilidad especiales que lo convertían en un lector especializado, profesional, cuyas

características principales se resumían en las siguientes cualidades: imparcialidad, benevolencia, perspicacia, erudición y un conocimiento profundo de la literatura que ayudase a encontrar la sustancia filosófica de las obras a tratar. Es sin duda evidente la relación que Altamirano establecía con la visión de Zarco. Su magisterio crítico se cimentó en los consejos del patriarca de la Reforma y la democracia. Zarco había enumerado los principales obstáculos que el crítico enfrentaba para realizar su trabajo (y para consumir su profesionalización): falta de tiempo, falta de reconocimiento y falta de credibilidad.

Las polémicas literarias acaecidas en esta época de gestación fueron debates en torno a las características que la literatura mexicana *debería* de tener: su lenguaje, los temas a tratar, y los géneros más idóneos para conseguir tal fin. El carácter programático que se le otorgaba a la creación constituía, más que una reacción, una propuesta a futuro. De ahí que sea más productivo asociar estos esfuerzos a un liberalismo literario que a un romanticismo tardío o “defectuoso” (si se le comparaba con las manifestaciones europeas). El uso de la ficción literaria se convirtió en una extraordinaria vía para la divulgación del liberalismo político y la proyección del Estado-nación en el entramado temático y formal de la literatura y la cultura mexicana del siglo XIX.

Los proyectos historiográficos que se realizaron en ese período fueron los primeros esfuerzos por registrar la historia de la literatura mexicana desde la perspectiva del Estado-nación que se había configurado a partir de la Reforma, esto es, hacia la segunda mitad de la década de los sesenta. La caída del Segundo Imperio marcó el punto de arranque para replantearse el problema de lo nacional en la cultura y las letras. Y este proceso incluyó la creación de instituciones educativas (ahí están, como prueba, las reformas educativas de 1867, promovidas por Gabino Barreda) y el surgimiento de institutos, escuelas, y colegios orientados hacia una educación laica, en donde se impartirían las artes liberales. En este momento emergía una forma de antineocolonialismo que hacía urgente la demostración del carácter civilizado y culto del pueblo mexicano. Recordemos que, durante el periodo que va de la década de 1830 a 1870, México sufrió dos invasiones por parte de potencias extranjeras; tales naciones eran consideradas hasta entonces como modelos de civilización. La lucha de resistencia obligó también una reflexión sobre la situación del México en el nuevo mapa político del mundo.

En este proceso la figura principal fue Ignacio Manuel Altamirano (Barrera Enderle, 2011). La primera labor era el ordenamiento valorativo e interpretativo: *Las revistas literarias de México* fueron el primer esfuerzo por institucionalizar las letras mexicanas desde una perspectiva más “literaria” que política (en ese mismo año de 1868, el cubano Pedro de Santacilia había publicado *Del movimiento literario en México*, pero su texto respondía más a la necesidad de

justificar discursivamente la función de la literatura al servicio de la política, dando prioridad a un *corpus* producido en su mayoría por juaristas). Altamirano era tajante en su periodización: la literatura mexicana comenzaba, o mejor dicho, continuaba sólo a partir de la independencia política, esto es, en 1821. Sin embargo, dejaba en claro que la formación de la literatura nacional (es decir, aquella que abrigaba los postulados del proyecto de nación reformista y cuyos valores iban más allá de los fines puramente estéticos) era una empresa (y una obligación) cuya gloria correspondía a su generación:

Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan ([1849] 1949, I: 7).

Ellos contarían la gloria.

Pero, ¿cuál sería el cambio en la función de la literatura que haría de la obra de esta generación idealista el más importante abono para fortificar el árbol de la literatura nacional? Primeramente, la posibilidad del ejercicio literario autónomo y no ancilar. Como nunca, la época de la restauración presentó la ilusión de un largo periodo de paz (al poco tiempo desmentido con las revueltas y levantamientos en diversos Estados) y la ocasión para el desarrollo de una profesionalización literaria jamás sospechada. En mi opinión, este fue el primer gran momento en la búsqueda de la concreción de un campo artístico autónomo: la antesala de la peculiar modernización literaria mexicana que tendría como primer gran fruto la obra de Manuel Gutiérrez Nájera. De manera insospechada, el periodo literario que produciría su empresa más ambiciosa: *El Renacimiento*, fue el más alto punto de convergencia de las diversas corrientes y escuelas literarias que se producían en México. Quizá por única vez en la ajetreada vida mexicana del siglo XIX, un proyecto de nación no homogeneizador tenía éxito y cumplía con su objetivo, aunque de manera efímera.

La gran virtud de Altamirano fue saber leer en su totalidad los profundos cambios políticos y sociales que el país experimentaba y, sobre todo, saber interpretar el papel del fenómeno literario en ellos:

Bendito sea ese cambio [el de la función de la literatura en el periodo de guerra], porque a causa de él, *la literatura abrió paso al progreso*, o más bien dicho, *lo dio a luz*, porque en ella habían venido encerrados los gérmenes de las grandes ideas, que produjeron una revolución grandiosa. *La literatura había sido el propagador más ardiente de la democracia* ([1849] 1949: 5. Las cursivas son mías).

Altamirano y su grupo practicaron, en el ejercicio literario, lo que en la vida pública era aún imposible de pensar: la democracia. Aplicaron, a su modo, la ley de amnistía. Convocaron a todos, pues su misión literaria se remitía a “sus hermanos todos de la República, cualesquiera que sea su fe política, a fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesitan de todas las inteligencias mexicanas” ([1849] 1941: 8). Hay aquí un aspecto que me gustaría traer a colación. Me refiero a las llamadas “veladas literarias” que comenzaban a festejarse, de manera más o menos ordenada, a partir de 1867, y continuaron durante todo el año siguiente. Existen varios conceptos que casi inmediatamente se asocian a las veladas artísticas hispanoamericanas en el siglo XIX: celebración, complicidad, selectividad. La velada era el evento social más prestigioso de esas sociedades. Representaba la ostentación casera de la naciente burguesía latinoamericana y la confirmación de su gusto refinado. Sin embargo, también significaba, en el caso mexicano, un espacio para el estudio y la reflexión, particularmente durante la Restauración, con un gobierno en vías de organizarse y sin un programa educativo definido. Los intereses particulares de los letrados iniciaron la labor de reconstrucción literaria (recordemos: era gracias al aporte monetario y práctico del anfitrión que los poetas e intelectuales podían reunirse con sus pares y hablar de la situación cultural). Gran parte del diagnóstico que Altamirano realizó de las letras nacionales procedía de estas veladas. El deber patrio, empero, obligaba a llevar a cabo una empresa mayor, de alcance “masivo”, que estuviera a la par de la restauración nacional.

Al año siguiente, Altamirano emprende la publicación de *El Renacimiento*. El más importante periódico literario del siglo XIX mexicano se publicó sólo un año, el de 1869, en dos tomos y fueron dos los momentos que cubrió: el primero atañía a la institucionalización de las *Veladas Literarias*. Allí *El Renacimiento* se convirtió en un espacio dedicado a “las bellas letras”, presentándose como el primero en hacer o intentar hacer de la literatura una actividad independiente.

Si bien *El Renacimiento* fue la consecuencia de una discusión pendiente en la vida republicana (aquella que tenía que ver con la necesidad de concretar una literatura nacional, y en la cual debería articularse la esencia de la nueva identidad mexicana), esto no significó la reproducción de una problemática ajena o importada, sino la peculiar respuesta a una circunstancia especial, sumamente conflictiva.

El conflicto incorporó algunos conceptos básicos que luego estarían, implícita o explícitamente, sobre la mesa de redacción del periódico, constituyendo, a la postre, parte sustancial de las principales estrategias interpretativas en pos de la concreción de una literatura independiente: 1) el concepto de nación (esa idea que ellos veían como intemporal, prueba irrefutable de la existencia de la *mexicanidad*) y su papel en la literatura, 2) la interpretación de la función

moderna de la literatura, y 3) la experiencia de los primeros embates del imperialismo occidental en el suelo mexicano y su significación contradictoria: ¿cómo tomar como ejemplo a los países civilizados si éstos los agredían y dominaban, y sobre todo si le negaban a México el carácter de nación moderna?

Sin proponérselo, Altamirano respondió, en la introducción al tomo primero de *El Renacimiento*, a las causas de la postergación del debate sobre la cultura nacional: “¿Quién no ha observado que durante la década que concluyó en 1867, ese árbol antes tan frondoso de la literatura mexicana, no ha podido florecer ni aun conservarse vigoroso, en medio de los huracanes de la guerra?” (Batis, 1963: 8).

Como he mencionado, no sólo la ajetreada vida pública de los intelectuales había impedido la dedicación profesional a las letras, sino el cumplimiento patriótico al servicio de las armas. Un solo ejemplo basta: la participación de Altamirano y Riva Palacio en la derrota y captura de Maximiliano. ¿Cómo trasladar la experiencia producida por la defensa bélica de la soberanía al terreno de las letras? ¿Sería posible el fusilamiento literario de Maximiliano? La disposición no era suficiente. Ante el silenciamiento exterior era menester la articulación interior, mas ¿cómo lograrla?

El Renacimiento respondía de esta manera a la acusación europea de barbarie. Lo hacía utilizando un título humanista y plenamente occidental pero metamorfoseándolo con la elaboración del sujeto mestizo.

¿Cómo llegar a ser literatos modernos (o quizá convenga más emplear el término en boga: civilizados) y al mismo tiempo literatos patrióticos? *El Renacimiento* otorgaba, a lo largo de sus voluminosos tomos, la respuesta: realizando una lectura doble, que abarcara lo local y lo universal. El periódico no cerró jamás sus puertas al desarrollo literario norteamericano o europeo, en sus páginas abundaron las traducciones: de Poe, de Hugo, de Schiller, de los clásicos griegos. No faltaron tampoco las noticias bibliográficas, las biografías de los próceres del humanismo, las descripciones de los viajes a Europa, etc. En lo local, *El Renacimiento* ensayó, tal vez por primera ocasión, una estrategia para armonizar la producción colonial (a través de los esfuerzos de escritores y críticos conservadores: Francisco Pimentel —quien por cierto presentó una nota bibliográfica sobre Sor Juana Inés de la Cruz, figura no muy bien vista por la historiografía liberal—, José María Roa Bárcena, Manuel Orozco y Berra, entre otros) con el desarrollo moderno del fenómeno literario. Armonía conquistada a través de la búsqueda de ciertos valores intrínsecos que la dominación española no había podido borrar y que ahora era menester productivizar.

La gran labor de Altamirano y sus proyectos historiográficos y periodísticos fue la de sentar las bases para la concreción del campo literario mexicano. Fue él quien definió los perfiles de lo nacional en la creación y en la reflexión

literarias. Resaltó la peculiaridad (la originalidad) de lo mexicano para poder demostrar al mundo (un mundo en constante acecho) la posesión de una cultura y una civilización propias. El breve periodo que cubren las diversas empresas de Altamirano sería pronto opacado por las preocupaciones de una nueva generación de escritores, quienes a partir de la década de 1870 empezarían a establecer sus propias prioridades. Autores rebeldes que perseguían, como haría unos años después Manuel Gutiérrez Nájera, la creación no ya de una literatura nacional, sino de una literatura propia, menos rígida en cuanto a estrategias formales y repertorio temático. Sin embargo, el modernismo mexicano hubiera sido imposible sin los esfuerzos previos por crear y consolidar un campo literario propio, es decir, sin haber contado la gloria de una victoria múltiple, ganada a costa de largo años de empeños y sacrificios: la creación de la literatura mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel ([1849] 1949), *La literatura nacional*. José Luis Martínez (ed.). III tomos. México: Porrúa.
- (1868), *Las Revistas Literarias de México*. México: Imprenta de Díaz de León y Santiago White.
- ARRÓNIZ, Marco ([1857] 2006), *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres de Méjico*. México: IIFL-UNAM.
- BARRERA ENDERLE, Víctor (2011), *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*. México: JUS.
- BATIS, Huberto (1963), *Índices de El Renacimiento, seminario literario mexicano (1869)*. México: UNAM.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (1886-1892), *Nueva colección de documentos para la historia de México*. 5 vols. México: Imprenta de F. Díaz de León.
- LAFRAGUA, José María (1844), “Carácter y objeto de la literatura”, *El Ateneo Mexicano*. México: Imprenta de Vicente García Torres, I: 8-11.
- MUSCHG, Walter (1965), *Historia trágica de la literatura*. Joaquín Gutiérrez Heras (trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- OROZCO Y BERRA, Manuel (coord.) (1853-1856), *Diccionario Universal de Historia y Geografía*. 10 tomos. México: Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante.
- ORTIZ, Tadeo (1832), “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en *México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*. Burdeos: Imp. de Carlos Lawalle Sobrino, 173-256.

- PRIETO, Guillermo ([1844] 1997), “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *Obras completas*. Tomo XXVI. México: Conaculta.
- ([1885] 1985), *El Romancero Nacional*. Ignacio Manuel Altamirano (prólogo). México: Porrúa.
- ([1906] 1996), *Memorias de mis tiempos*. México: Porrúa.
- RAMÍREZ, Ignacio (1884), *Lecciones de literatura*. México: Imprenta de F. Díaz de León.
- (1944), *Ensayos*. México: UNAM.
- ROSA, Luis de la (1844), “Utilidad de la literatura en México”, *El Ateneo Mexicano*. México: Imprenta Vicente García Torres, I: 205-211.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (coord.) (2014), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México: UNAM.
- ZARCO, Francisco (1980), *Escritos literarios*. René Avilés (ed.). México: Porrúa.